

traños al popular, entre otros la glosa a que fué singularmente aficionado y en la cual encotrarón sus ideas filosóficas el mejor medio de expresión.

No pudiéndolas dar *in extenso* por demasiado largas, citaré algunos trozos de estas composiciones.

En la glosa a los siguientes versos,

Cuando Dios se determina
a matar a los mortales,
ya no bastan los cordiales
ni los caldos de gallina,

hace la siguiente descripción del cólera asiático:

Es el cólera señora,
la suprema pestilencia
con que la humana dolencia
sufre muy crueles rigores.
Los más agudos dolores
en su rigor dictamina,
al grande y chico extermina,
y así en cristiano consuelo,
decimos que es mal del cielo
cuando Dios se determina.

En el conflicto espantoso
que el cólera morbo causa,
no cabe una breve pausa
sobre su efecto horroroso,
y así este mal doloroso
lleno de signos fatales,
es el peor mal de los males
o el superior que es lo mismo,
pues viene con despotismo
a matar a los mortales.

Otra glosa sobre la siguiente cuarteta:

El Juez de vivos y muertos
aj uicio te ha de llamar,
y cuenta te ha de tomar
de todos tus desaciertos.

Si al llamado de algún juez,
aunque no *haigas* delinquido,
vas confuso y confundido
y con mucha timidés;
pues ¿qué harás cuando ya estés
con todos los miembros yertos
y con síntomas muy ciertos
de que ya vas a morir,
y cuenta te ha de pedir
el juez de vivos y muertos?

Entonces serán los llantos,
y entonces ya arrepentido
querrías haber vivido
como vivieron los santos.
Estos sí que son espantos
y este sí será pesar,
ver que ya vas a espirar
y quedes un delicuente,
y que el Criador prontamente
a juicio te ha de llamar.

Yendo de viaje con su ama doña Mercedes Burelo de Ruiz, al pasar por el cementerio de la ciudad, esta señora que se complacía en poner a prueba a su siervo, le dió el siguiente pie:

Aquí se acaba el orgullo,
e inmediatamente fué terminada por él la cuarteta con la asombrosa facilidad de improvisación que poseía, y de que a cada momento me han hablado los que le conocieron:

Aquí se acaba el orgullo;

también la infernal malicia;
aquí se pela la pava
con la Divina Justicia.

La misma señora deseó una composición seria sobre el mismo asunto, y el poeta la obsequió con la siguiente:

Termina aquí el engreimiento,
la altivez y altanería;
se derriba aquí el cimientito
y se acaba la arquería
de aquella torre de viento.

Los adoradores de la forma, mucho sin duda pedirán a estas composiciones; pero los pensamientos en ellas vertidos y la facilidad con que se deslizan, pudieran servir de modelo a más de un versificador con humos de poeta, que con todos los textos de retórica en la cabeza, no ha logrado jamás hallar ideas poéticas ni el modo de expresarlas poéticamente.

Apenas puede concebirse que un hombre de las condiciones del que nos ocupa, sea el autor de las citadas composiciones y de las siguientes:

A UN JEFE POLITICO.

El orgullo, por mi cuenta,
es un juicio sin recato
que forma el odio y lo aumenta.
No te hinches en tu mandato
porque el que se hincha revienta.

De nada nos ha servido
la nueva Constitución,
porque seguimos bailando
sin querer el mismo son.

Se complacía en el retruécano y a veces lo jugó con verdadera gracia:

Quiero mandar un tamal
y debo de ver a quien,
porque me he puesto a pensar,
que aunque lo mande por bien,
no está bien porque está mal.

Invitado a decir algo de las exageradas modas femeninas, improvisó en una reunión:

De estas mujeres de ahora,
todos tenemos qué hablar;
sea pobre o sea señora,
bien se pueden rabiatar
porque todas tienen cola.

A una muchacha que traía sobre el pecho, pendiente de un rosario, una cruz de oro, le improvisó la siguiente *bomba* en un baile de zapateo:

Sobre tu nevado seno
pesa la cruz de un rosario.
Como humilde nazareno,
en tan famoso calvario
moriré de goces lleno?

Para no alargarme con perjuicio del paciente lector, terminaré con el siguiente diálogo:

—Oiga usted sabio cantor,
ya que tanto es su saber,
la cinta de la esperanza
de qué color ha de ser?
—Aunque mi saber es poco
y mi entender poco alcanza,
digo que verde ha de ser
la cinta de la esperanza.

Manuel Burelo o el *Negrilo poeta*, que fué al mismo tiempo gran aficionado a la música, y tocaba la guitarra y la jarana con rara habilidad según se cuenta, acompañábase en estos instrumentos sus cantares, y así se iba regándolos liberalmente como flores de su ingenio, por entre los corros *fiesteros* donde el pueblo los tomó y archivó cuidadosamente en la memoria.

Varias de esas trovas las oí repetidas veces sin lograr saber quién o quiénes eran sus autores, hasta más tarde que, afortunadamente, obtuve de un respetable señor, conlugareño mío, unos apuntes sobre el notable bardo popular, en los cuales las encontré insertas.

Este hecho nos muestra que el Arte popular es anónimo, no porque sea el producto de una labor colectiva como de ninguna manera lo es, aunque así lo hayan creído los que haciéndole mucho favor al pueblo, sólo conceden que sea artista a escote y contribución, sino porque ese mismo pueblo,—y en esto se parece a las mariposas que se preocupan del néctar y no de la flor,—toma y se apropia lo que ha menester lo mismo en las cosas materiales que en las intelectuales y espirituales, sin que conceptúe de utilidad práctica el saber o el recordar de dónde las tomó.

Y habremos agotado la materia?

Fuentes del Arte Popular dije, y como tales, son inagotables.

Por falta de datos fehacientes heme ceñido a Tabasco y ni aun de aquí podría decir la última palabra, pues sobre lo que en el asunto no conozco, poseo algunos especímenes que por temor de hacerme fastidioso escatimo al lector.

Por lo demás, los bardos que le he presentado bastarán a orientar su criterio sobre la tesis que sostengo; y con eso me conformo.

No he querido hablar de los músicos populares, por que siéndome difícil publicar ejemplo de sus composiciones, el interés que despertarían habría de quedar muy por debajo de su legítimo valer. Con todo, deseo, así a la ligera, citar a Lucas de Dios, cunduacanense, que no conociendo una sola nota musical, compuso zapateados notables, entre ellos uno bellísimo, *El Pío*, lleno de originalidad e impregnado de poética ternura, que sólo un alma de verdadero artista pudo haber pues to en un aire *allegro* para zapatear, tan poco propicio a la expresión de sentimientos tiernos. (1)

Escrito en *re menor*, su primera parte consta de ocho compases que modulan para terminar, a *la mayor*. De estos ocho compases, el tercero y cuarto son repetición del primero y segundo. La parte segunda, en *si bemol mayor*, es una melodía de quince compases, cuyos primeros cuatro trazados en idéntica forma rítmica que los cuatro primeros de la primera parte, vuelven, para terminar, al tono principal en el noveno compás, y el pensamiento musical se completa en los cinco últimos, de los cuales, los dos penúltimos reproducen los dos anteriores, prolongándose la última nota [tónica] del compás catorce hasta el quince.

Esta repetición de fragmentos de frases en que el autor parece complacerse, es, a mi ver, un feliz hallazgo por más que sea de evidente uso vulgar; y opino así, (y de camino explico la aparente antinomia), por que siendo la melodía que me ocupa *tristemente bella*, para expresarme de algún modo, aquellas repeticiones vienen a ser como impiadosas insistencias en una pena que se desea prolongar, y las penas, que en el orden moral son tormento insoportable, en el estético producen efecto delicioso cuando naturalmente no constituyen un abuso, o repiten una vulgaridad.

(1) La índole misma de la composición obliga a ser ejecutada en un aire menos vivo.

Los últimos cinco compases tienen una novedad, consistente en un nuevo ritmo en que se combinan pequeñas síncopas, que dejan en el espíritu cierta impresión inquietante y desconcertadora.

La Espadilla, *El Gato* y otras melodías populares que sólo él tañó, probablemente sean composiciones suyas.

Lucas de Dios tocaba el violín y la guitarra, y su Musa produjo para los bailes de salón algunos valeses, mazurkas y danzas que la banda de la localidad, se complació tocando en sus serenatas dominicales, y las cuales piezas, así como la mayor parte de sus zapateos, fueron compuestas en el contorción de la noche, a la luz de las estrellas; pues el artista chontalpaneco, de trovadorescos lirismos, gustaba de salirse a deshora con el concurso de su violín, a excitar su inspiración a las calles desiertas de la ciudad, donde sus emociones íntimas estallaban en vibrantes notas formadoras de sonos a veces de gran originalidad.

He dado a conocer *El Pío* fuera de Tabasco, en distintos Estados de la República y aun fuera de ésta, así en conciertos como en pequeños grupos de *amateurs*, y siempre se ha hecho objeto de aplausos y elogios, pues la pequeña melodía, pequeñita cual delicada miniatura, posee, como obra de gran sinceridad, el poder mágico de entrarse en el alma y despertar o producir en ella las emociones que la engendraron.

Durante el carnaval de 1895, en Mérida, fué llevada a los bailes del Liceo Yucateco, en cuyos fastuosos salones bailóse la melodía popular chontalpaneca con aire de danzón, y bellamente instrumentada por el director de orquesta mi inolvidable amigo y compañero don Aurelio Benítez, considerado en aquella época primer trompista de la República Méjicana, y músico de distinguido talento. Enamorado de las *tristezas* del zapateo, como me decía él, no pudo resistir al impulso

de ataviarlo con todo el lujo polifónico de la instrumentación moderna, y así fué como, durante los cuarenta grandes bailes de la sociedad, ella, la sencilla melodía popular de aquende el Grijalva, la hermosa doncella campecina impregnada del perfume de nuestros bosques, penetró en un centro aristocrático donde todos, muy claras damas y muy altos caballeros, loaron y rindieron homenaje a su impalpable y seductora belleza que hasta hoy no ha podido ser olvidada.

Me complazco en transcribir estos detalles, porque hablan mejor que yo pudiera hacerlo, del mérito de una obra musical que es caudal y patrimonio nuestro, creación de un humilde tabasqueño nuestro querido hermano, que ya en la huesa desde ha muchos lustros, va en espíritu y pensamiento, espíritu y pensamiento que palpitan transfundidos en su melodía, a hablar a las almas que deleitadas la escuchan, de las bellezas que él poseyó en la suya, de sus ansias, de sus hondas tristezas, y de las bellezas, ansias e infinitas tristezas de nuestro pueblo en medio del cual nació y vivió, y por eso supo ser su zahorí, su fiel intérprete.

Así pues, Lucas de Dios, aunque no hubiese producido más que *El Pío*, con él le bastaría y sobraría para perpetuarse como uno de nuestros más notables artistas populares, orgullo de nuestra tierra que le lleva en sus maternales entrañas.

Otro compositor popular, contemporáneo del anterior y también nativo de la ciudad de los chontales, fué Agustín Torres, cuyas son muchas trovas que se guardan en los *archivos mentales* de aquella región. Por que Torres era un músico-poeta a la manera de *Chancil*. (Cirilo Baqueiro), el celebrado músico-poeta peninsular que en años ya alejados me inspiró una *Semblanza*, y ambos como la encarnación viva de aquella gloriosa clase de músicos-poetas que dió a la romanesca Edad Media fulguraciones de un arte valiente y bello

que resplandece aún, que resplandecerá siempre. Como dos ramas de aquella ilustre dinastía, que se sucediera interminable a través de las edades.

El recuerdo de Agustín Torres, está íntimamente concadenado a una composición suya: *La Panadera*, que acabó por dar a su creador su propio nombre por alias, y que hoy se canta y baila en todas las fiestas populares de la Chontalpa.

Es *La Panadera* un *allegro* en dos por cuatro, cuya primera parte la integra una frase de ocho compases de sencilla y graciosa melodía, y la segunda una de cuatro repetida por las exigencias del verso. Los acordes que acompañan, sólo se mueven entre la tónica y la quinta.

El aire es ejecutado íntegro por una reducida orquesta que Torres siempre dirigió con su violín, y a la segunda vez se le añaden las voces, siguiendo así alternativamente mientras que en el concurso de bailadores y bailadoras lo zapatean a más y mejor y cada uno según quiere o según puede.

El cantar de *La Panadera* es uno como diálogo de fondo picaresco que dice así:

*Arriba la panadera,
arriba y a trabajar:
como la harina sea buena,
buenos molletes saldrán.*

A lo que la panadera, (según el pensamiento del autor), contesta en la segunda parte, o sea el estribillo, del modo siguiente:

*Ya le dije a usted,
que no me ande hablando,
porque aquí está uno
que me está celando.*

Para dar actualidad e interés al estribillo, procuró cuidar Agustín, que tan bien tocaba como cantaba, de adaptarle nombres de personas presentes en el holgorio, con lo que resultaba una variante:

*Ya le dije a usted,
que no me ande hablando,
porque aquí está Juan
o (que aquí está Morillo)
que me está celando.*

La Musa jaranera de Torres, aunque nunca tan inspirada como la del autor de *El Pío*, también brindó su contingente de polkas y mazurkas a la Terpsícore aristocrática; pero estos no fueron sino pasajeros fantaseos musicales, como si dijéramos, ligeras infidelidades al género netamente popular, pues que Torres tuvo un temperamento especialmente organizado para cultivarle, y en efecto le cultivó con éxito, y en este sentido, es el autor de *La Panadera* uno de los varones más distinguidos de nuestro *Folk-lore* regional, músico-poeta y tañedor y cantador, todo en una pieza.

Y termino estos apuntes repitiendo:

Existe un arte genuina y absolutamente popular, nunca producto de un ser colectivo, lo que no tendría sentido alguno pues que no está probado que las colectividades hayan hecho una sola obra de arte, como tampoco muchos hombres engendrado un solo hijo, sino producto de seres individuales, singulares, dotados maravillosamente para recoger y asimilarse el sentir y el pensar del pueblo, porque viven dentro de éste y en su mismo ambiente, y llegan a vibrar al unísono con él como si el alma colectiva se condensara en esencia en su alma misma; y de este modo, en ciertos avvenimientos psíquicos especiales, exteriorizan y concretan ese pensar y ese sentir, esto es, en momentos

de inspiración creadora expresan de manera bella lo que ese pueb'o cree, espera, anhela, odia, ama, ríe, llora, pues quienes tal hacen, en suma, no son un Pedro o un Juan cualesquiera que no sabrían dar pié con bola en labor semejante, ni mucho menos un grupo heterogéneo donde de cierto abundarían los patanes que todo lo echarían a mala parte, sino muy inspirados poetas y verdaderos artistas, que llevan dentro de sí ese dinamismo divino con que se edifican las obras imperecederas.

Que con frecuencia se encuentran en el pueblo fragmentos desvirtuados o monstruosamente profanados, de grandes poetas o eminentes músicos? Y qué? Eso no dice nada en contra de mi tesis, como no son argumento en contra de los legítimos bienes del ratero, los dos o más objetos que se ha robado.

El pueblo, en materia de arte, cuando no sabe hacer la cosa, tómalas desacatado donde la encuentra para satisfacer en ciertos momentos las exigencias estéticas de su alma, y entonces se la adapta, se la asimila, la transforma, y no se cura ni poco ni mucho de haber violado o prostituido: y sólo los Manuel Burelo, los Clemente Morillo, los Guadalupe Hernández, los Lucas de Dios, los Agustín Torres verbigracia, no toman, ni adaptan, ni asimilan ni transforman, sino que dan de sí mismos porque son poseedores de grandes e inestimables tesoros, y dan pródigos con la prodigalidad heroica del artista que otorga girones de su alma, que son otras tantas obras de arte con que se informa y perpetúa vigoroso el *Folk-lore* poético y musical.

En el pueblo están pues los orígenes del Arte Popular, y digan lo que quieran quienes sin estudiar la naturaleza que es la maestra y señora que enseña e instruye, hipotetizan y erigen en principios sus hipótesis que no resisten el menor examen, y que por tanto no tienen más consistencia que un castillo de naipes.

¿Quién fué el autor de *El Toro*, quién de *El Jarabe*, quién de *El Curripipi*, quién de *El Asitoy*? Imposible saberlo; pero en cambio yo sé quiénes fueron los autores de *El Pío*, *La Panadera*, y de muchos y muy sabrosos cantares que andan en boca de mi pueblo, y que me enseñan con toda la evidencia de la luz del sol, que los autores anónimos de aquellos bellos cantos, son individuos singulares y no colectividades, pues que las colectividades no son artistas ni cosa que lo parezca, y que de muy baja o de muy encumbrada cuna, lo que poco importa, artistas y muy grandes artistas populares fueron, intérpretes admirables del alma de nuestra raza que encontró en ellos quienes cantarían el epinicio de sus alegrías y la epopeya de sus dolores.

[Yucatán, 1,912, Tabasco, 1,914].

